

DISCULPAS POR MI RESPUESTA TARDÍA¹

Sonia Fernández Pan

sonia@esnorquel.es

doi:10.30827/sobre.v10i.29438

Hace meses que intento escribir este texto. Es un texto fugitivo, aunque todavía no tengo claro quién está huyendo de quien: si el texto de mí o yo del texto. Los motivos son varios, tan razonables como absurdos. Podría resumirse con que son muchas las pantallas que llevan semanas interponiéndose entre nosotros. Tantas que ni siquiera yo misma podría hacer el relato de mi continua dispersión algorítmica durante apenas unas horas. Sólo quienes espigan datos en la red saben hacia donde nos deslizamos con los gestos de nuestras manos. Cada una de esas pantallas es la excusa perfecta para la enésima interrupción de una responsabilidad adquirida o el enésimo aplazamiento del deseo por hacer. Todas ellas producen una intensa relación con el lenguaje donde un tipo de escritura y lectura fatigan otras posibilidades para las palabras. Cuánto más escribimos, menos energías quedan para la escritura. Hemos hecho una rutina de leer en cualquier lugar y en cualquier momento, pero decimos que ya no leemos o que no leemos lo suficiente. La incansable administración de la vida dirige nuestra atención hacia el teléfono una y otra vez, incluso cuando nuestros mensajes buscan y proponen momentos de vida fuera de la pantalla. La promesa de una realidad analógica despista la corporalidad de nuestras manos, que se mantienen ocupadas pulsando teclas para abrir y cerrar pestañas, ventanas, aplicaciones y redes sociales. Si bien el deseo de desconectarnos es parte de muchas distracciones digitales, nuestros modos de conexión no son para nada estables. Somos una presencia distraída que busca cualquier pretexto para salir de la pantalla, pero también para volver a ella. Dejamos el ordenador porque nos entra el hambre y nos olvidamos de comer a causa una entrega pendiente. Interrumpimos una conversación porque aparece una nueva notificación en nuestro teléfono y respondemos un email importante tras varias semanas buscando el mejor momento para hacerlo. Entre estas y otras situaciones, aparece una culpa prestada por la sensación de hacer las cosas a medias, por estar sin estar del todo.

Sólo he empezado y terminado un texto sin interrupciones mientras escribía en una ocasión. Esto es algo que ni siquiera elegí yo. Fue parte de una ceremonia amistosa organizada por Ran Zhang como evento inaugural de su primera exposición como comisaria. Ran nos invitó

¹ *Disculpas por mi respuesta tardía* fue el título de mi presentación para los encuentros Sobre Lab, que tuvieron lugar en la Universidad de Granada en marzo de 2023. Entonces preparé un documento con ideas y situaciones para intentar conectarlas al hablar. Este texto se ha dejado guiar por ellas, pero también por conversaciones posteriores. Aunque la dirección y la forma de este texto es diferente al de aquella presentación, he querido mantener el mismo título porque se refiere no tanto una conferencia o un texto, sino a un proceso que incluye muchas más cosas. Quisiera agradecer a Antonio Collados su cuidado, su poética y su paciencia con mi escritura de respuesta tardía. También al resto del equipo Sobre Lab por organizar los encuentros y la posibilidad de pensar e improvisar en ellos.

a Kmrú y a mí a hablar con obras que ocupaban el espacio de una galería en las afueras de Berlín. Cada una de ellas entraba y salía a escena para quedarse unos minutos entre nosotros dos. Sonidos, palabras, objetos y personas hicieron de aquel encuentro una suerte de *ekphrasis* en vivo donde Kmrú hacía música con sus aparatos y yo escribía con un teclado externo conectado a mi teléfono. Que mi texto no pudiese ser realmente leído por nadie me ayudó a sentir la intimidad que necesito cuando escribo. Que el público fuese tímido y apenas se acercase a nuestra mesa a ras del suelo me ayudó a mantener una concentración que pierdo con mucha facilidad. Escribir delante de un público fue una situación nueva para mí. Por primera vez me ajusté a una imagen de la escritura, más estética que verídica.

El proyecto de Ran no sólo me hizo escribir con un público, sino intercambié los roles habituales que ambas tenemos dentro del arte. Ella como comisaria y yo como artista. Además, gracias a él, empezamos una rutina improvisada de largos pasos juntas sin apenas darnos cuenta. A Ran y a mí nos gusta caminar sin rumbo por Berlín, movidas por conversaciones donde los temas se distraen y atropellan los unos con los otros. Cualquier pretexto se convierte en una misión para salir a pasear, incluso cuando tenemos tareas urgentes que hacer en el ordenador. Nos gusta hacerlo reduciendo al mínimo el uso de nuestros teléfonos. Perdemos el tiempo para ganarlo. Nos distraemos en el espacio para orientarnos. Nos fascinan las experiencias que no pueden ser representadas dócilmente, que se resisten a imágenes y definiciones estables, pero también las fotografías que piden ser tomadas.

Mentiría si dijese que hay una vida analógica no contagiada de la vida digital, por mucho que crea deseárselo en algunos momentos. Incluso en situaciones de consciente desconexión, como los paseos con Ran, internet sigue circulando por nuestras palabras y nuestros gestos. Y no tanto porque de vez en cuando el teléfono reclame nuestra atención o acudamos a él para confirmar o desmentir lo que nuestra memoria nos dice, sino porque lo que hacemos en internet y lo que internet hace con nosotros se repite en nuestras conversaciones. Las trayectorias de nuestros argumentos son variables y sus conclusiones eventuales. Caducan y se actualizan. Acabamos con frecuencia en lugares comunes que sentimos propios de nuestra generación, una bisagra entre dos mundos con contraseñas diferentes para sus respectivas promesas de futuro. Pero estas diferencias tampoco resuelven una sensación agri dulce, común a las realidades de ambas generaciones. Juntas saltamos de una historia a otra, creando situaciones breves para definiciones en busca de conceptos. Los autores y los conceptos de moda apenas aparecen en nuestras conversaciones. La manera en la que Ran es capaz de pensar sobre cualquier cosa sin citar nombres e ideas en mayúsculas es una situación diametralmente opuesta a otras conversaciones en las que yo también me he visto hablando con hashtags y bibliografías recomendadas por el algoritmo del arte. Como dice nuestro amigo Kristoffer, basta con que alguien mencione un nombre propio para que una conversación sobre algo se vuelva una competición disimulada y cordial sobre la vida y obra de esa persona más célebre que nosotros. Pero a pesar de todo esto, no puedo dejar de pensar en cómo tantas cosas que hablo con Ran y otras personas son ejemplos prácticos y reales de lo que Lauren Berlant define como optimismo cruel y Lúa Coderch como una mancha.

A la sensación de engaño de que si lo hacíamos “bien”, siguiendo los pasos y esforzándonos lo suficiente, tendríamos asegurado un lugar en el futuro, se une la sensación de trampa de que si no actuamos de acuerdo a las lógicas del algoritmo, no existimos en el presente. Mientras borrar perfiles en redes sociales lleva unos minutos, la determinación de pulsar todas esas teclas se pierde entre las muchas cosas que nos distraen de otras. A la vez, el murmullo apocalíptico que critica nuestros modos de relación con la tecnología, internet o las redes sociales las hace más excitantes de lo que son. Su épica futurista se vuelve banal en nuestras casas y en nuestras manos. Hay algo pasado de moda en cómo hablamos de tecnologías que nacen caducas, donde cada nueva versión es ya vieja en el momento de su aparición. Una incapacidad, quizás una resistencia, del lenguaje para actualizarse a la velocidad de los datos con los que se mueve de un lugar a otro. O quizás es el lenguaje escrito, al que le cuesta mucho seguir la poética movediza y acelerada del habla. Quizás es por esto que es más fácil aburrirse hablando por texto que en persona. De no saber qué hacer con el tiempo, el aburrimiento ha pasado a ser la sensación de no tener tiempo para poder saber qué queremos hacer con él. Con el fin de postergar cualquier decisión, lo mejor es ensimismarnos haciendo *scroll* o entrar en cualquiera de las conversaciones de nuestros chats para responder uno de tantos mensajes pendientes. La demanda de interacción constante entorpece la aspiración de saldar una deuda comunicativa imposible de satisfacer. De un mensaje a otro, copiamos y pegamos una disculpa contante por otra respuesta tardía.

Fue Lúa Coderch quien me habló por primera vez del optimismo cruel. Uniendo sus palabras a las de Lauren Berlant, me lo explicó como el desajuste que existe entre los relatos aspiracionales que nos son dados como modelos a seguir y la imposibilidad práctica de que se hagan satisfactoriamente reales en nuestras vidas. La crueldad del optimismo se hace sentir en los efectos de toda una serie de narrativas del éxito que nos prometen una vida feliz a base de hacerla imposible. Pero también en no poder prescindir de ellas, incluso cuando somos conscientes de que la solución al problema es parte integral del problema y de que la realidad visible y opaca de unos pocos es fantasía iridiscente de muchos. Las condiciones de posibilidad para esa buena, tan siquiera mejor, vida están comprometidas de antemano por un sistema que nos necesita anhelantes, competitivos y desiguales. Intentando orientarnos entre las evidencias del engaño y los remanentes de creencia, seguimos haciendo lo que podemos con lo que todavía tenemos. Las opciones son varias y compatibles entre sí: desde hacer del cinismo una estrategia de supervivencia a la aceptación del estado de vigilia, pasando por el reemplazo de unos deseos por otros, la autopsia de la quimera, la esperanza de las segundas y terceras oportunidades, la retirada sigilosa o el pesimismo indulgente como refugio. Seguir apegados a relatos especulares que nos esquivan con sus acogedoras promesas de éxito nos ha hecho desarrollar un lenguaje sofisticado para analizar y criticar modelos de excelencia defectuosa. Pero seguimos sin saber vivir y desear de otra manera. Que la imaginación especulativa sea casi norma utópica tiene algo de sospechoso, sobre todo cuando la especulación es también el impulso que anima la economía o la inversión y el capital se cuelan con facilidad en cómo nos relacionamos los unos con los otros.

En una conferencia donde André Lepecki también se deja seducir por la especulación como estímulo y solución para hacer arte, él propone un elogio de la oscuridad para escapar a la creciente demanda de visibilidad de nuestra cultura. Al hacer itinerario en su desorden estructurado, como quien abre pestañas en el navegador, Lepecki salta de ideas a situaciones con un relato en claroscuro que desconfía de la íntima relación entre luz y conocimiento. Los destellos del proyecto racional siguen en el lenguaje gracias a expresiones comunes que aclaran cuestiones y arrojan luz sobre asuntos. El siglo de las luces dura más de cuatrocientos años. Enciende nuestras pantallas insomnes, manteniéndonos despiertos más horas de la cuenta gracias a millones de datos y fotones que viajan a la velocidad de la luz. Cerrar los ojos no es suficiente. La oscuridad digital parece imposible en la renovada condición fotológica de nuestro presente, donde acabamos siendo imagen con y sin fotografías. Pero incluso alguien como Lepecki, que rechaza abiertamente las redes sociales, se beneficia de ellas. Mientras que la mayoría nos pasamos horas promocionando aquello que hacemos, algunos tienen la suerte de que sean otros quienes se encargan de compartir lo que hacen. La imagen de quienes están sin tener que estar no sólo es mucho más elegante, sino que forma parte de los atributos de las narrativas del éxito profesional. Es importante que los algoritmos nos muevan y quien nos mueve en ellos.

El proyecto ilustrado, que parecía tan lejos, es un software que se actualiza. Toma cuerpo hasta en aquellos lugares que dicen contradecirlo, cuando no repararlo. Que el arte se haya vuelto mucho más literal con respecto a la teoría lo hace más obediente a la academia de lo que dice no ser. La racionalidad sigue siendo la norma y la *ekphrasis* discursiva una membrana de contención para la ambigüedad de los sentidos y las paradojas éticas. Más dóciles de lo que imaginamos, trabajamos dentro de políticas culturales a las que no siempre parece gustarles el arte. Desde que existen las redes sociales, la atención y la creatividad se desvían de aquello que hacemos hacia aquello que decimos que hacemos. Nuestros neurotransmisores reaccionan al algoritmo con la satisfacción momentánea de cada *like* y cada nuevo seguidor. La dopamina es muy hábil y sabe bajarnos las defensas críticas. Tenemos que mover nuestro trabajo sin que parezca un anuncio de publicidad, ampliar y hacer visible nuestra red de contactos con el lenguaje de la amistad. Irónicamente, esta pulsión de destacar pasa por gestos, plantillas y modelos identitarios que no vuelven uniformes y fungibles. Nuestra identidad refuerza las lógicas de internet, es otra propiedad privada con vocación pública. La tecnología protege y consolida el dispositivo moderno de la persona. Tenemos cara, género, raza, clase, un relato personal y un destino apropiado. La constante proliferación de etiquetas, estimulada por el espejismo de la diversidad, nos reduce a una serie de hashtags que nos distribuyen por los espacios virtuales de un renovado museo colonial. Y mientras se nos piden réplicas contestatarias, se nos exige que sigamos guardando las formas.

El arte como conocimiento provoca un empacho de discursos donde cambia el qué pero se mantiene el cómo. Tenemos que hacer proyectos útiles para la sociedad, que aborden cuestiones urgentes a base de enredos especulativos y conocimientos situados, entrelazando intereses transdisciplinares y comunitarios a través de prácticas estéticas que se ocupen de cuestionar lo que nos dejan cuestionar y de repensar lo ya pensado por otros. Pero no sólo tenemos que hacer un arte racional e ilustrado: ha de ser ilustrativo, fotológico e *instagrammeable*. Cuando la inteligencia artificial escribe nuestros *statements* y borra nuestros acentos aceptamos los estándares del algoritmo y los buenos modales del burócrata. La profesionalización nos saca del rincón de la clase para sentarnos en primera fila, junto al resto de buenos alumnos. Que nuestros proyectos tengan que ser fotogénicos, fáciles de documentar y archivar, deja fuera de lugar muchas de sus otras cualidades. Pero el problema no es la imagen, sino el tipo de imagen que se repite una y otra vez. Una única perspectiva aplanada y subsume las otras. Hay algo desfasado en cómo nos (auto) representamos en redes sociales, un régimen de visibilidad de otro tiempo, una vista renacentista y moderna. De ser algo consciente, esto no sería un problema. Caminar hacia atrás cambia el ángulo de visión, especialmente cuando se nos pide avanzar a la velocidad de la fibra óptica, que sigue la línea recta del progreso. Cómo dejar de progresar, dejar de sentir y pensar en "hacia atrás" y "hacia delante". Cómo movernos de otro modo, sin tener que ir por delante para no quedarnos atrás.

Más que la sensación de quedarme atrás, fue la curiosidad por lo que estaba pasando lo que me hizo abrirme un perfil en redes sociales de las que ya apenas hablamos. Cuando me marché de ellas, algunos creyeron que me había mudado de ciudad. Todavía recuerdo el placer de dejar de acordarme de muchas personas hasta que me las volvía a encontrar por la calle y darme cuenta de la cantidad de tiempo y energía que dedicamos en redes sociales a simplemente ponernos al día en la actividad de los demás. Pero gracias a Google tenía otras maneras de infiltrarme en contenidos supuestamente privados. El plugin de espía inofensivo seguía instalado en mí. Al cabo de algunos años, me abrí perfiles en otras redes con la intención de compartir mi trabajo y no tanto mi vida. Acabé publicando cosas que poco tienen que ver con mis proyectos, excitando la confusión entre lo privado y lo público. Son apenas dos redes sociales y todavía sigo en ellas, Instagram y Twitter. En una publico mucho, en la otra me dediqué a observar y acumular links que abro con la intención de leer en un momento que nunca llega. Con Instagram he desarrollado una sensibilidad visual, opuesta y complementaria a mi tendencia a pensar en el fuera de campo. A pesar del vértigo por la saturación de información y enlaces, Twitter me ha hecho llegar a lugares que no conocía y matices que no conseguía verbalizar. También ha estimulado mi propensión a pensar por fragmentos, el atropello entre ideas o las notas a pie de página en el habla. En ambas redes me siento en casa y en territorio hostil a la vez.

Ser parte del ritual común provoca cierta tranquilidad. En redes, estar visibles nos hace pasar desapercibidos. A diferencia de otras maneras de relacionarnos, todo lo que hagamos allí revierte en nuestra imagen. La construimos con fotografías, pero se alimenta del contrabando algorítmico de contextos y relaciones con cada interacción. Apoyar causas políticas se convierte en autopromoción a través de esas causas, la amistad flirtea con el capital simbólico, cada perfil es un mundo aspiracional al que acceder mediante etiquetas y comentarios a la espera de respuesta, compartir fragmentos de libros desvía la importancia del texto hacia nuestro capital cultural, subir fotografías con otros hace de la intimidad un activo más del negocio de las identidades... No importa que nuestros gestos se muevan desde impulsos altruistas: al entrar en la pantalla, el algoritmo los vuelve interesados y expectantes. La intimidad del yo queda en evidencia. Lo que creemos más nuestro, ni siquiera nos pertenece. Somos una pequeña empresa en un registro de sociedades no anónimas.

En una *story* de hace meses, Rubén Grilo publicaba una crítica hacia Instagram. Aunque se habla mucho en redes de la necesidad de desconexión, los análisis más honestos y crudos se comparten fuera de ellas o en forma de memes. Rubén subía un *selfie* con un texto breve, sirviéndose de la inclinación que los algoritmos todavía tienen por nuestras caras. Cuando le conté que estaba escribiendo este texto, me recordó que no es lo mismo hablar de redes sociales siendo nativo que no nativo en ellas. Ambos formamos parte de una generación digital intermedia, a la que pertenecen la mayoría de las personas con las que nos relacionamos. Somos *millennials* rezagados, con un pie en la generación X y otro en la Y. Nuestras opiniones fácilmente pueden ser vistas como críticas trasnochadas de inadaptables que ni siquiera están al día en lo que se lleva ahora. Que la principal red social del arte siga siendo Instagram demuestra que el capitalismo nos lleva mucha ventaja cuando

nuestros imaginarios radicales están archivados y condicionados por sus plataformas más convencionales. Instagram es cosa de *boomers* virtuales. A cambio, sabemos que alguna vez existió un mundo sin internet, aunque cueste acordarse de cómo era la realidad de entonces. También sabemos que internet quería ser otra cosa, anónimo, hacker y mucho más punk. Por aquella red circulaban promesas anticapitalistas y profecías ingenuas que nunca se cumplieron. Era posible estar sin tener que ser.

Son difíciles los debates en una red social a base de imágenes, *likes*, emojis, reacciones instantáneas y plantillas de textos. En Instagram nos editamos con las narrativas del éxito personal que incuban el optimismo cruel al que se refiere Laurent Berlant: somos felices, incluso en la adversidad, y siempre nos va bien. Hacemos *networking* con el lenguaje de la intimidad y celebramos las convenciones más tradicionales de la vida a pesar de publicar declaraciones en contra de ellas. Pareja, familia, casa, trabajo y vacaciones. El kit completo de la promesa de la felicidad. Aun así, Rubén usaba el medio como mensaje del medio con un *selfie* estratégico. Su post hacía arqueología en la amnesia digital, rescatando el nombre de redes de las que apenas nos acordamos, mucho más desinteresadas y audaces a nivel visual. Para Rubén y muchos de nosotros “es difícil aceptar entornos como éste: acaparadores de atención, impulsados por la censura, esclavizados por la cuantificación, etc. Realmente parece que los algoritmos nos han hecho más predecibles aún de lo que éramos antes de las redes sociales y es francamente agotador”. Los algoritmos mandan, dentro y fuera de internet. Se entrenan con nuestras críticas para mejorar la plataforma y la experiencia del usuario. Y nos invitan a pensar como ellos, definidos y ordenados.

Rubén reconocía la astucia de quienes no se entretienen con dilemas éticos y saben sacarles realmente provecho para sí. La pregunta no es tanto cómo beneficiarnos del statu quo sino a dónde nos conduce su inercia, especialmente para “nosotros, los creadores de imágenes”. Cuando se castiga “tanto y durante tanto tiempo cada imagen que no está destinada a expresar dopamina”, aparece la incógnita de cuáles son realmente los parámetros que evalúan el arte. Y por qué, si hacemos más tareas de las que nos toca, las estructuras y los roles siguen siendo del siglo pasado. Por predecible que sea, la inercia es incontestable. Mientras que los sistemas de legitimación y validación de antes eran manifiestamente meritocráticos, argumentando jerarquías en posiciones, los de ahora son ópticos y algorítmicos. Y no es tanto que unos sustituyan a otros, sino que los primeros sobreviven renqueantes gracias a los impulsos canjeables de los segundos. En esta bienal “aceleracionista”, los algoritmos comisarian, los *likes* programan y los seguidores hacen crítica de arte. Las audiencias han ganado a la crítica institucional pero tampoco se han liberado: estamos todos sometidos a una exigencia de accesibilidad y visibilidad inmediata. Mientras esto ocurre, toca sucumbir a la ilusión de continuo movimiento dentro y fuera de la pantalla para no quedarse por el camino. Y aun así, no está en nuestras manos estar en manos y pantallas de otros.

Uno de los muchos efectos de las redes sociales es el anhelo por una vida más allá de internet. Cuando por fin conseguimos desconectarnos, la promesa nos decepciona. De repente, la realidad no es suficiente. Es mucho más aburrida de lo que imaginábamos y son demasiadas los problemas a resolver. Nos falta algo y sacamos el teléfono de nuevo. Internet nos sigue allá a dónde vayamos. Cogemos el teléfono para mirar la hora y nos abstraemos en otras aplicaciones. Vibra, aunque esté en reposo, como un miembro fantasma que se hace notar sin estar. Sobreestimados por el hábito digital, necesitamos que el exterior sea más brillante que la pantalla. Pero la vida offline no puede competir con la intensidad digital. Sus habilidades son otras, también sus dificultades. A veces sucede lo contrario: unas pocas con el teléfono en silencio son suficientes para no querer volver a internet. Sin mucho esfuerzo nos reconciliamos con la experiencia de estar presentes sin sentirnos representados. Pero nuestra desconexión tampoco es estable. Al trabajar, nos entretenemos con otras tareas. Cualquier pretexto es útil para esquivar las urgencias de la pantalla. Mientras aplazamos unas cosas con otras, vivimos intentando orientarnos entre una constante retroalimentación entre distracción y atención. Prorrogamos el tiempo de trabajo en la vida y el tiempo de vida en el trabajo, esquivando ritmos y horarios de oficinas que hemos incorporado, pero no queremos cumplir. La impresión de que todo es trabajo agita la sensación de que nada lo es.

Hay muchas cosas que se pierden en la continua interrupción, pero también se ganan otras. Para la economía de la atención, distraerse (de ella) es un problema. Para el trabajo que hacemos, es la posibilidad de encontrar aquello que buscamos en lugares que han sido estratégicamente excluidos de las narrativas y las economías del trabajo. Parar nos hace darnos cuenta

de que las urgencias no son tan apremiantes como nos hacen creer. Deshacer el hábito, desordenar el tiempo, intercambiar un ahora por otro. Improvisar. Por humildes que sean, las resistencias contra modelos programáticos imposibles de cumplir son importantes. La cultura del proyecto no deja espacio a la improvisación y la confianza. Nos pide que especifiquemos los resultados de investigaciones que están por hacer. Empezamos la casa por la ventana y los proyectos por el texto de sala. La resistencia no está en el discurso: está en hacer que otras cosas sucedan. La ética no es algo que se tiene. Tampoco es una fórmula. Es una manera que siempre está por hacerse, una reacción constante a lugares que nos mueven del sitio.

En el *link* a una conferencia que Antonio Collados compartió conmigo, Mercedes Villalba habla de “mandar un faro a resistencias que no son fáciles de visualizar o de hacer visibles”. La metáfora de la luz y el deseo de visibilidad siguen presentes, pero desde la intensidad lumínica intermitente del faro. El hechizo de los relatos lineales y progresivos del trabajo es todavía muy grande. Con frecuencia se infiltra en las críticas o alternativas a esos mismos relatos. Unas resistencias desarrollan y mejoran otras. Unas estéticas caducan otras. De manera injusta, atribuimos casi todo el mérito de lo que hacemos a conceptos, ideas y discursos. Queriendo o no, terminamos por prescindir de personas, situaciones e intuiciones que también nos acompañan y guían en el durante. A la vez, no mencionarlas, es proteger una intimidad compartida dentro de la exposición continua. Entre la intención de hacer algo y de que ese algo suceda, la cohesión lógica se desbarata una y otra vez. “Nuestras decisiones se toman en espacios físicos y mentales que no paran de cambiar de forma”. Al no poder representar formas esquivas e inseguras, terminamos por ceder al poder representacional del discurso. Nos editamos con imágenes y relatos prestados, fabricados de antemano, dejando fuera de escena aquello que los deja en evidencia. Organizar la entropía no sólo es imposible, sino agotador y poco interesante. Y aunque poner las interrupciones en el centro las vuelve contenido y lenguaje, este relato puede cambiar cuando nos dejamos guiar por formas menos predecibles, que ni agarren ni se dejen agarrar. Sin soluciones, nos toca seguir improvisando.